Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan Rios, Perez y Cuesta.

LA VICTIMA DE UNA VISION.

Juguete cómico en un acto, arreglado á la escena española por D. Laureano Sanchez Garay *y* D. Ignacio Maria Bueno de Saucal, *representado con aplauso en el teatro de Variedades el* 15 *de enero de* 1849.

PERSONAGES.	ACTORES.
Cabrion, *personage mudo.*	*D. Pelegrin Ros.*
Pipelet	*D. Agustin Cano.*
German	*D. E. Lopez.*
Mr. Cobolchet	*D. J. Benitez.*
Rigolet.	*Doña Jovita Rodés.*
La Sra. Anastasia	*Doña Maria Muñoz.*
La casera	*Doña Joaquina Barroso.*
Un vecino	*D. Pedro Castellanos.*
Un modelo.	*Doña Ana Maria Valentin.*

La accion es en París.

El teatro representa una porteria. Al fondo la puerta principal: á la derecha del actor en primer término, el cuarto del portero: entre este y la puerta, un banco largo. A la izquierda, en segundo término, la escalera de vecindad. Junto al cuarto del portero habrá un cordon para poder abrir la puerta del foro: á la izquierda de la puerta, en el foro, un farol de pared encendido (es de noche).

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparece Pipelet dormido en el banco: despues de un instante se despierta sobresaltado.

Socorro! favor! á la guardia! (*se levanta.*) Huy! que sueño tan diabólico; siempre presente en mi imaginacion esa fatal vision! Dios mio que guerra tan cruel! ¡No se cansará nunca de martirizarme! Ni siquiera respeta mi sueño, mi sueño que es tan corto y agitado desde que firmé el pagaré de doscientos cincuenta francos á Monsiur Chicard, mi proveedor de curtidos. Pero... ahora me acuerdo!.. hoy vence el pagaré; hoy se acaba el plazo, y no tengo mas que un franco! ¡Desdichado de mi! ¿Qué hacer? ¿qué pensar? ¡qué se yo! Me meterán en la carcel, me encerrarán, me incomunicarán, me transportarán, y sobre todo, me veré lejos de mi dulce Anastasia, que es de todas las mugeres de París lo mejorcito! ¡Y á pesar de este temor, me habia dormido! Ya se vé, no es estraño; toda la noche entrando y saliendo vecinos: mal hayan las máscaras. Oh! pues todavia no ha vuelto la señorita Rigolet: ¡Rigolet á las máscaras! ¡cosa mas rara! Si lo supiera su novio, el Sr. German!.. A bien que como mi muger está asistiendo á mi antiguo amo, ignora la ausencia de Rigolet; y de ello puede dar muchas gracias á Dios la tal niña. Llaman? (*golpe á la puerta.*) Dale, dale! (*otro.*) Canario! (*otro, yendo á tirar del cordon.*) Ah! ya; debe ser mi consorte que vuelve con el dia. (*tira del cordon, y entra Rigolet en trage de máscara, cerrando la puerta con precipitacion.*)

ESCENA II.

Rigolet *y* Pipelet.

Rig. Ah!.. amparadme, señor Pipelet!.. una silla; dadme una silla... me falta el aliento!

Pip. Tomad, tomad, señorita. ¿Pero qué teneis? ¿Cómo venis tan agitada?

Rig. No es nada, señor Pipelet, no es nada!

Pip. Vuestro semblante está pálido... temblais!

Rig. ¡Ay Dios mio! ¿no sabeis lo que me ha pasado? ¡Malditos bailes de máscaras! Juro no volver á ellos en toda mi vida.

Pip. ¿Pues qué os ha ocurrido?

Rig. Figuraos que un arlequin no me ha dejado en toda la noche, y que por fin me ha perseguido hasta casa.

Pip. ¿Hasta aquí y vestido de arlequin? Oh! pues como se atreva á llamar, yo le aseguro... que está fresco.

Rig. Al salir del baile me ofreció el brazo, y yo le rehusé: despues se empeñó en acompañarme, y en una callejuela se atrevió á asirme la mano: yo, que no soy manca, le di tan fuerte empellon, que á favor de lo resbaladizo del piso di con él en el suelo.

Pip. Bien, eso estuvo muy bien hecho.

Rig. Al verle en el suelo, corrí tanto, que parecia no tocar la tierra con los pies: de este modo logré escapar del atrevido.

Pip. Hoy dia están los hombres... que ya, ya.

Rig. Pero no sabeis lo mejor: mi perseguidor se parecia mucho á un amigo vuestro.

Pip. ¿Amigo mio? ¿Pues quién era?

Rig. Qué, ¿no lo adivinais? Cabrion.

Pip. ¡Cabrion!

Rig. ¿Qué teneis? ¡Jesus que cara tan rara poneis! ¿Acaso Cabrion?..

Pip. Oh! por favor no pronuncieis ese nombre! Al solo recuerdo de ese genio maléfico, me horripilo, me atonto, me anonado, me.... ¡Ese hombre, que convierte mis dias en purgatorio, y mis noches en infierno!

Rig. Hombre!.. ya veo que soy mas valiente que vos.

Pip. Teneis razon! ¡Atreverse á ir sola á las máscaras, espuesta á las asechanzas de tanto perverso!

Rig. Vuestra muger tiene la culpa. Me hizo creer que German me engañaba, y que iba esta noche al baile de la Opera, acompañando á una tal Petrita. Felizmente no era cierto; pero ya veis á lo que me he espuesto por creer semejante enredo. Malditas máscaras!

Pip. ¿Y por qué habeis ido tan solita? ¿Teniais mas que haber dicho que os acompañára?

Rig. Quién! ¿Vos á las máscaras?

Pip. Yo, señorita, yo, y me ha faltado muy poco para concurrir á ellas esta noche.

Rig. ¿Conque me hubierais acompañado? Muchas gracias por vuestra estremada galanteria: ¿pero qué hubiera dicho entonces la señora Anastasia? Casi me hubiera alegrado proponéroslo solo por veros disfrazado. Creedme; se me figura que estariais perfectamente vestido de...

Pip. De turco. Oh! este trage me sienta perfectamente. Sin embargo, he temido hacer desgraciada á alguna muger, y por eso...

Rig. Habeis obrado con mucha conciencia.

Pip. Ademas, mi Anastasia es celosa.

Rig. Ella es vuestra Angélica, y vos su Medoro. Pero yo os estoy entreteniendo, y no os dejo dormir. Voy á mi cuarto á quitarme este trage y vestirme de nuevo, porque dentro de breves instantes tengo que salir á entregar la obra. (*vase y vuelve.*) Ah! señor Alfredo; se me olvidaba advertiros, que no digais nada de mi salida á la señora Anastasia, porque...

Pip. Oh! no temais, señorita. Ya sabeis antes de ahora, que soy el pozo de los secretos, y la tumba de las noticias.

Rig. Pues hasta luego, señor Pipelet. (*vase.*)

ESCENA III.

Pipelet, *despues* Cabrion.

Pip. Es una alhaja esta muchacha; y trabajadora sin segunda. (*dan un golpe á la puerta, despues dos seguidos.*) Ola! es mi esposa: la conozco por el modo de llamar. (*tira del cordon, y entra Cabrion vestido de arlequin con careta y un cuerno al cuello.*) Calle, un Arlequin! Sin duda es este el perseguidor de Rigolet: ¿qué vendrá á buscar aquí? (*Cabrion le hace una profunda reverencia.*) Vaya una reverencia respetuosa; pues no es poco cumplido este mozo. Ahora que ya estamos en relaciones, es decir, que nos hemos saludado, no estrañareis me tome la libertad de preguntaros á qué debo el honor de vuestra visita. (*Cabrion indica estar cansado y se sienta en la silla.*) ¿Estais cansado, eh? Pues me gusta la franqueza! (*Cabrion le da un golpe en las espaldas.*) ¡Ay! ¿qué haceis? ¡Vaya con las familiaridades! ¿Supongo que os marchareis pronto? (*seña negativa de Cabrion.*) ¿Qué no? ¡celebro la insolencia! Amiguito mio, hacedme el favor de tomar el portante que quiero descansar. (*Cabrion se pone de pie sobre la silla, y toca el cuerno con fuerza.*) Por vida de... callad con cincuenta mil demonios. (*Cabrion continua.*) Este hombre por fuerza está loco. ¿No considerais que se vá á alborotar la vecindad? ¿No quereis callar? Pues yo sabré quien sois. (*arranca la careta á Cabrion, y al reconocerle, se queda como petrificado.*) Ah! es él! es él!

Cabrion con paso solemnemente cómico se dirige hacia Pipelet que retrocede horrorizado; le cuela el gorro hasta la boca, y le cuelga el cuerno del pescuezo; le sienta en la silla en medio del proscenio, y se marcha.

ESCENA IV.

Pipelet, Mr. Cabuchet, la casera *y unos vecinos.*

Cab. Aquí está el alborotador; pícaro, te voy á desollar vivo!

Vec. Dejádmele á mi, vereis que buena cuenta doy de él. (*le pega.*)

Pip. ¡Misericordia, vecinos! Seguidle, cogedle; que se escapa: á ese pícaro! (*se quita el gorro, y los vecinos le reconocen.*)

Cab. Calla! es Pipelet!

Vec. El portero?

Cas. Muy bien, señor portero. ¿Conque os divertis en escandalizar la vecindad? Idos á la calle inmediatamente.

Pip. Señora, no he sido yo, lo juro; tened compasion de mi; soy inocente: ha sido un malvado, un asesino, un Arlequin.

Cas. ¿Cómo os atreveis á negar vuestro delito, cuando aun os cuelga del cuello el instrumento acusador?

Pip. Señora, es verdad que tengo el cuerno; pero esto solo prueba que tengo un cuerno.

Cas. ¡Es ya mucho descaro!

Pip. Juro á fé de hombre honrado...

Cas. Silencio! Como volvais á alborotar la casa de esta manera, os planto en la calle: ¿lo entendeis?

Cab. Pues yo para mayor seguridad, confisco el instrumento. (*se lo quita.*)

Vec. Y tengamos la fiesta en paz. Zamacuco! (*vanse.*)

Pip. ¡A mi zamacuco!

ESCENA V.

Pipelet, *despues* Anastasia.

Pip. Dios mio! ¿Y hoy son mis dias? ¡Buen prin-

cipio! Estoy sofocado! Ah! yo creo que me vá á dar algo! Tengo calentura! Agua! agua!
(Llena un vaso de agua, y al ir á beber, llaman á la puerta dando los mismos golpes que dió Cabrion.)
¿Otra vez? Es él! El mismísimo! Oh! pues ahora me las vá á pagar todas juntas.
(Tira del cordon, y arroja el vaso de agua hácia la puerta, mojando á Anastasia que entra.)
Agua vá!

ANAS. Misericordia! ¿Qué es esto?

PIP. Ay! ¡Pobre Anastasia! ¿Eres tú?

ANAS. Alfredo, ¿qué significa este recibimiento?

PIP. Perdona, querida mia; ha sido una equivocacion. Pensé que era ese Vampiro que destruye mi existencia, y cuyas nuevas felonias me tienen desesperado.

ANAS. ¿Ha vuelto otra vez? ¡Pobre Alfredo mio!

PIP. Si, Anastasia; ha vuelto, y me ha tratado peor que nunca. Ah! que feliz seria yo, si no existiera ese mónstruo! Señor, ¿qué delito he cometido para que me vea condenado á Cabrion perpétuo?

ANAS. No te aflijas, Alfredo, porque en este instante me ocurre una idea escelente. (*toma un polvo.*)

PIP. Pues dila, que debe ser buena. Cuando tú tomas tabaco, es señal infalible de que te hallas inspirada.

ANAS. Escucha, y responde. ¿Por qué te persigue Cabrion?

PIP. Lo ignoro.

ANAS. Pues yo lo sé. Cuando vivia aqui, dijistes pestes de él á Rigolet, y esa fué la causa de que la niña prefiriese á German despreciando á Cabrion: ademas te quejaste de él á la casera, y le hicieron desocupar el cuarto. Ya ves que tiene motivos para estar quejoso de tí.

PIP. Y qué, no tuve razon para hablar mal de él á Rigolet? ¿No estaba siempre su cuarto lleno de mugeres de vida airada? Pues si no hubiera yo dado parte á la casera, ¡qué seria de la moral, de esa moral que siempre ha sido, es y será mi fuerte!

ANAS. Ya se vé; un pintor necesita modelos...

PIP. Si, si; le gustan mucho esos estudios; es muy amante de la naturaleza. ¡Bribonazo!

ANAS. Bien se conoce que no eres artista.

PIP. ¿Cómo que no soy artista? ¿Pues no trabajo en cueros y cordobanes?

ANAS. Si hubieras seguido trabajando en cueros sin meterte en camisas de once varas, el pintorcito al natural, no te perseguiria de tal manera.

PIP. En efecto! no habia caido en ello.

ANAS. Pues si ese amor concluye en matrimonio... pobre Alfredo mio... has concluido! Mortus est!

PIP. Muger, por Dios, que me asustas, con tus latinajos.

ANAS. En consecuencia... (*toma un polvo.*) es preciso que indispongamos á German y á Rigolet.

PIP. Ah! ya comprendo; por eso has engañado á la pobre muchacha haciéndola ir esta noche de observacion á las máscaras.

ANAS. Que! ¿Ha estado de baile?

PIP. (Por vida de...) No... es decir... creo que...

ANAS. ¡Magnifico! Eso es lo que yo queria; sacaremos partido de esa ocurrencia. (*toma un polvo.*)

PIP. (Ay Dios mio! he guardado bien el secreto que tanto me recomendó Rigolet!)

ANAS. Creo que baja la costurerita: te prevengo que si hablas una palabra que me contradiga, te entrego á... Cabrion.

PIP. ¡A Cabrion!

ANAS. (*gritando.*) Vamos, Alfredo, á la cama; pronto á acostarte. (*entra Pipelet en el cuarto.*) Ya estoy sola, y baja Rigolet: andemos con precaucion no se malogre la idea.

ESCENA V.

ANASTASIA *y* RIGOLET *con un lio de ropa.*

ANAS. Buenos dias: que tempranito salis hoy, hija mia.

RIG. Tengo precision de entregar esta obra temprano. ¿Y vos, hace mucho que habeis venido?

ANAS. Si, hija; porque mi enfermo ha tenido la bondad de ponerse mejor.

RIG. Me alegro. Haced el favor de guardarme la llave. (*se la dá*) A Dios, señora Anastasia: hasta luego.

ANAS. No vayais tan de prisa, querida. ¿Estais incomodada conmigo?

RIG. Yo, no señora. ¿Por qué?

ANAS. En vano lo negais; yo lo conozco, y en verdad que no acierto el motivo; bien sabeis que os quiero.

RIG. Oh! si. . me quereis... (desesperar.) German no ha estado anoche de baile, mal que os pese, y mucho menos acompañando á ninguna Petrita.

ANAS. Eso es; haced un favor, y os recompensarán de esta manera.

RIG. Si, no hay duda que vuestros favores son de agradecer.

ANAS. Vaya, Rigolet, si os empeñais en que German es un santo, séalo en buen hora; ¿pero cómo sabeis que no estuvo de baile sino habeis salido de casa?

RIG. Toma! lo sé... porque... lo sé.

ANAS. No comprendo como: si segun decis, no habeis salido, no sé...

RIG. Nunca faltan medios cuando una quiere... (Mal haya el portero que le ha ido ya con el cuento.)

ANAS. Y qué? ¿German no ha podido, por ejemplo, ponerse una nariz postiza, y preservarse asi de que le conozcan? Ademas, á mi que se me importa que fuera ó dejára de ir? Yo os avisé por haceros un favor.

RIG. Muchas gracias; pero no hablemos mas del asunto. (A la verdad que pudiera tener razon.)

ANAS. (*con despego.*) Como gusteis; yo he cumplido mi deber, y mi conciencia está tranquila. Voy á ver mi café. Quedad con Dios.

RIG. Buen viage. (*con sequedad.*)

ANAS. (Ya está preparada. (*desde la puerta del cuarto.*) Ahora esperaremos á German.) (*vase.*)

ESCENA VII.

RIGOLET, *despues* GERMAN.

RIG. ¿Que solo esté contenta esta muger cuando dá malas noticias? Pero aqui viene German. Buenos dias, caballero.

GER. Celebro infinito veros tan temprano.

RIG. Dejaos de cumplimientos... Solo os pido que

seais franco... si es posible que alguna vez lo sea el hombre.

GER. Lo decis con tal caracter.

RIG. Lo siento... miradme bien á la cara.

GER. Con mucho gusto.

RIG. Señor German!

GER. Señora Rigolet!

RIG. Conque tambien usais nariz postiza? Pues sabed que no quiero novio con tantas narices.

GER. Narices postizas? Ja, ja! No os comprendo.

REG. Creo me comprendeis demasiado.

GER. Os aseguro que jamás he usado otras narices que las mias, pero á qué viene sospechar?..

RIG. No pregunteis... responded solamente! Qué hicisteis anoche!

GER. Anoche?.. pensar en vos como siempre.

RIG. Nada mas?

GER. Y jugar una partida de dominó en casa de mi tia...

RIG. Concurris al teatro de la Opera?

GER. Jamás he estado en él.

RIG. De veras.

GER. De veras.

RIG. Palabra?

GER. De honor.

RIG. (Oh dicha! la portera me engañó!)

GER. Estais satisfecha?

RIG. Sí, German.

GER. A que viene sospechar del que tanto os ama? Pero, nada mas me decis?

RIG. Nada! sino que os quiero y creo que esto será bastante.

GER. Ciertamente.

RIG. Hasta luego.

GER. Os vais?

RIG. Si, voy á llevar una obra porque corre prisa; esperadme que no tardaré en volver y entonces hablaremos todo lo que querais. (*vase.*)

ESCENA VIII.

GERMAN *y despues* ANASTASIA.

GER. Quién al verla no la ama! Si yo poseyera tres mil libras de renta, con que placer me arruinaria por ella! Ya es necesario decidirme: la quiero, aun mas: sin ella creo no podria vivir: pues bien, me casaré al momento; es el único medio que me queda para ser feliz.

ANAS. (Virgen Santa! (*que ha oido las ultimas palabras á la puerta del cuarto.*) desdichada de mi! pues eso nos faltaba!)

GER. ¿A su lado qué podré desear? Ahora todo su cuidado se lo llevan los pajaritos: luego ..

ANAS. (¿Si querrá ser canario tambien? Animo y astucia; deshagamos estas bodas, porque si se verifica, pronto me quedo viuda.) Felices, señor German.

GER. Muy buenos dias, señora Anastasia.

ANAS. Como madrugais.... estais de mal humor? ¡Como os brillan los ojos! Parecen dos mecheros de gas de los quinqués de las máscaras.

GER. Muchas gracias. (La comparacion me gusta.) ¿Qué tienen que ver mis ojos con el baile?

ANAS. Nada... perdonadme; he dado sin querer en la llaga: ¿no es verdad, señor German, que hé tocado una cuerda mal templada?

GER. No os entiendo. (¿Tambien esta padece de manias?)

ANAS. Siento mucho haber dicho tal palabra; pero crei que ya lo sabiais...

GER. Yo no sabia una palabra: esplicaos, ó dejadme en paz.

ANAS. Oh! no; dejaros no; pero tampoco deciros que Rigolet ha estado de baile esta noche.

GER. Rigolet de baile! Basta, señora Anastasia: sois una habladora, y eso nó es mas que una calumnia vil.

ANAS. Dios mio! Es muy cierto; ahora mismo acaba de entrar.

GER. No puede ser; sois una chismosa; una vieja tan lenguaraz como falsa.

ANAS. ¡A mi con ese descaro, señor German! Soy una muger honrada. ¡Qué picardia! Qué desverguenza! Qué audacia! Si no quereis creer lo que os digo, id al cuarto de vuestra Diosa, y hallareis el trage de máscara; yo os abriré la puerta porque justamente tengo la llave.

GER. Bien, subamos, y sepa al menos quién me engaña.

ANAS Alfredo, dame la llave del número 42. (*Pipilet sale y se la dá.*)

GER. Vamos, vamos al instante.

ANAS. (Alfredo, ya estas vengado.) (*ap. á él*) Cuando gusteis. (*á German.*)

GER. Pasad delante. (*vanse.*)

ESCENA IX.

PIPELET, *luego* CABRION *vestido de muger, y una joven, modelo, los que traen unos ramitos de flores.*

PIP. Esto ya vá tomando color. (*mira por la escalera.*) ¿Qué irán á hacer? Mi muger con el señor German... voy á llamarlos... no, no; voy á subir yo tambien; pero. . ¿y la porteria? ¡Por vida de!.. pero no hay que apurarse. Mi muger es honrada, y siempre ha jugado limpio. ¡Pobre German! Estará de un humor atroz: y yo que pensaba acudir á él para que me ayudase á satisfacer la deuda de los 250 francos. Solo me faltan 249: tal vez se hubieran arreglado. (*sale Cabrion y el modelo.*)

MOD. Alli está, venid.

PIP. Calle! ¿que querrán estas señoras? (*hacen una profunda cortesia á Pipelet, el cual contesta con otra.*) Señoritas... puedo saber... á que debo el honor de...

MOD. Señor Pipelet, no lo estrañeis; estamos á 15 del mes...

PIP. (Se tràta de la deuda.) Es mucha verdad, señoritas: conozco que teneis mucha razon; pero el tiempo se pasa tan pronto, y las artes estan tan malas, que me es de todo imposible pagar hoy: si tuvieseis la bondad de concederme un plazo, aunque fuera corto... unos dias...

MOD. ¡Qué decis! A nosotras no nos debeis nada. Al contrario; venimos á satisfacer una deuda de... amor. (*con coqueteria.*) Dignaos, amado Alfredo, aceptar estas flores. (*se las pone en el ojal del frac.*)

PIP. Como!... como, señoritas! (*sorprendido.*) Qué significa...

MOD. ¿Pues que, os habeis olvidado de que hoy son vuestros dias?

PIP. Seguramente no... pero... ¿qué interés podeis tener... para...

MOD. (*con afectacion*) ¿No lo habeis adivinado? ¿Nada os ha dicho el corazon? (*con ternura.*) ¿No nos habeis visto nunca, ingrato? Oh! pues to-

dos los dias, cuando pasamos por vuestra puerta, amado Pipelet, nos quedamos estasiadas admirando la gracia con que cepillais las botas. (*Cabrion imita á Pipelet en esta ocupacion.*) Conqué suavidad, conque elegancia pasais la escoba sobre este pavimento, y sobre todo con que soltura y donaire manejais la lezna... y... ay! entonces hemos sentido á nuestro corazon traspasado!

Pip. Traspasado? Yo... hé...

Mod. Si, hermosisimo Alfredo.

Pip. (*incomodado.*) ¿Quereis que os diga lo que pienso de vosotras? Pues bien; ¡sois unas grandisimas bribonas! pu...

Mod. ¿Qué oigo? ¿Nosotras unas bribonas? Oh! que desgraciadas! Solo el amor ciego que os tenemos nos detiene. ¡Oh, dolor! oh verguenza! (*Cabrion y el Modelo, fingen llorar.*)

Pip. (*con interés.*) Cómo! ¡Llorais, llorais, y es por mi causa! Señoritas, á mi no me gusta hacer llorar á las mugeres: pero, vamos, señoritas; por Dios sed razonables: tranquilizaos; y sobre todo considerad que soy un hombre casado.

Mod. Ay! Pipelet, el amor es muy atrevido para respetar estados. Nosotras os amamos con la pasion mas ardiente, porque sois el ídolo de todas las mugeres. (*Cabrion coge una mano á Pipelet, y se la besa.*)

Pip. Señora, señora; os propasais demasiado. (*Cabrion abraza con ardor á Pipelet.*) Dios mio! Soltad, señora, que me ahogais.

(Cabrion se alza el velo y Pipelet se horroriza al reconocerlo: cuando aquel le suelta cae de rodillas delante de las dos.)

Mod. (*viendo venir á Anastasia.*) Buen hombre, eso es horrible! Cruel! Tenernos engañadas á las dos! ¡Qué escándalo! ¿Y aun os atreveis á postraros de rodillas y pedir perdon?

Anas. Dios mio! ¿Qué es lo que veo?

Mod. (*á Anastasia.*) Señora, vuestro marido es un mónstruo, un seductor! Nos ha engañado! (*se marchan suspirando.*)

ESCENA X.

Pipelet, Anastasia.

Anas. (*yendo á su marido que estará de rodillas inmóvil.*) Te he cogido infraganti! Pícaro! ¿Te atreverás á negarlo ahora, viejo sardanápalo? ¡Qué horror! ¡Un hombre de sesenta años andar en esas trapisondas! Yo tengo la culpa; bien lo merezco por haberme casado con un viejo irracionable y feo. Espera, voy á buscar un palo... pero no, la justicia lo arreglará.

Pip. Escuchame... (*de rodillas.*)

Anas. (*furiosa.*) Infame! Viejo inutil! quereis un serrallo.

Pip. Muger! la vision! el pérfido Cabrion...

Anas. ¡Qué insolencia!

Pip. Ah! yo te juro...

Anas. ¡Ya conozco á la una! Es una jóven que servia de Modelo á Cabrion. ¡Pobre hombre! ¿Qué estraño es que se ensañe contigo, viejo sátiro, si le cortejas todas sus queridas?

Pip. Anastasia, querida Anastasia, escúchame.

Anas. No, esto no puede quedar asi. Al instante voy á entablar la demanda de divorcio.

Pip. No, esposa mia; óyeme...

Anas. Nada, nada escucho. En el tribunal nos veremos. Voy ahora mismo á ver al señor procurador del Rey, y llevaré las pruebas del delito. (*le quita las flores que Cabrion y el Modelo le pusieron, y se marcha.*)

ESCENA XI.

Pipelet, *y* German *con una carta.*

Ger. Amad á una costurera! ¡Disponeos á sacrificarlo todo, á casaros con ella! Creed en su sinceridad, en su virtud, en su amor... ah! su amor! Necio quien se fia de las mugeres. Señor Alfredo, tomad; hacedme el favor de entregar esta carta á Rigolet.

Pip. ¡Para cartas estoy yo! Mañana... mas tarde... otro dia. Oh! yo estoy muerto! Mi muger, es lo único que deseo! (*se entra en el cuarto.*)

Ger. ¿Está loco ese hombre? ¿Qué diablos le sude? Pero aqui viene Rigolet. Concluyamos de una vez. (*rompe la carta.*)

ESCENA XII.

German, Rigolet.

Rig. Ya estoy aqui, German, aunque he tardado mas de lo que pensé: estaba segura de hallaros en este sitio.

Ger. Señorita, me encontrais por una casualidad.

Rig. Jesus, qué teneis! qué cara, qué ojos, qué rostro tan severo!

Ger. Seguramente, señora... y por lo tanto me voy: puedo causaros fastidio, y ademas os puedo ser molesto.

Rig. Jesucristo! qué estais diciendo! No encuentro la causa de un cambio tan repentino.

Ger. Lo siento, señora! He cometido el crímen sin duda de amaros demasiado; pero ya es lo mismo quedar bien con el amor á costa de un sacrificio, que despreciarlo por solos caprichos.

Rig. Creo que rebiento si no me rio: ¡sobre todo, que ojos! que ojos! Sabeis, German, lo que os digo? Que hariais perfectamente el papel de traidor en una comedia de Alejandro Dumás.

Ger. Reid, señorita, reid cuanto gusteis: lo siento infinito, pero nada os importe. Reid, que sienta perfectamente la risa en el labio de una hermosa: al verla nadie dirá que debajo de su semblante divino, se oculta la perfidia y el engañoso artificio.

Rig. ¿Qué decis? Señor German, vuestro lenguage es impropio de vuestro modo de proceder; mas... seguid, que me gusta infinito ese lenguage poético.

Ger. Negadme que anoche estuvisteis de baile.

Rig. (Maldita portera!)

Ger. Qué decis?.. Callais... bajais los ojos! A qué esa confusion! Buen pago habeis dado á mi cariño! Horrible desengaño!

Rig. Es cierto que estuve, y que me pesa infinito...

Ger. ¿Conque confesais?...

Rig. No lo niego; fui muy necia en tomarme cuidados por un hombre que acaso se estaria divertiendo sin acordarse de mi.

Ger. Cómo! ¿Eso es cierto?

Rig. Si señor. Fui á espiar á un señorito que me aseguraron iba á acompañar á las máscaras á una tal Petrita.

Ger. Petrita!

Rig. Fué un paso ridículo, lo conozco; nunca debí ocuparme, ni menos esponerme por un objeto tan indigno.

Ger. ¿Y era á mi á quien celabais, Rigolet?

Rig. No lo sé.

Ger. ¿No lo sabeis? Perdonadme, os lo suplico: si no fuera por aparecer ridículo, como un galan de comedia, á vuestros pies imploraria el perdon.

Rig. Pues hacedlo; ¡me gustan mucho esos pasos.

Ger. Pues ya estoy á vuestros pies. (*se arrodilla.*)

Rig. Oh! que lindo está de este modo un hombre! Pero no, no os movais: quieto, quieto, señor mio: teneis que estar asi lo menos hasta pasado mañana.

Ger. Estaré hasta cuando gusteis: no me moveré hasta que vuestra mano me levante.

Rig. (Pobres hombres.) Tomadla, y levantad.

Ger. ¿Quereis mas sumision? (*la toma y la dá un beso.*) Voy inmediatamente á arreglarlo todo para que pronto seais mia.

Rig. Como querais. ¿Volveis pronto?

Ger. Si, querida.

Rig. A Dios, bien mio. (*German lleva de la mano á Rigolet hasta la escalera, se la besa y se marcha.*)

ESCENA XIII.

Pipelet, *despues* Cabrion.

Pip. A Dios, casa querida, (*saliendo del cuarto.*) testigo de mis amores. No hay remedio, abandono la Francia, mi hermosa patria: iré á las cortes estrangeras á perfeccionar el arte de remontar botas. Ay! lo que no podré remontar es mi corazon. Vamos, no hay tiempo que perder: todo está preparado; mis asuntos estan en regla. Ahora pensemos en sacar el pasaporte. Antes de todo me pondré un corbatin. ¡Oh amor! ¡Oh himeneo! Oh... oh... (*entra en el cuarto y saca un espejo pequeño que cuelga del primer bastidor de la derecha. Cabrion entra y se oculta en la escalera.*) Pobre Pipelet! que desgraciado! (*mientras se arregla el corbatin, le corta la coleta y la ata al cordon de la puerta.*) Bien, perfectamente: ya veo que no siempre son necesarias las mugeres. ¡Pero qué digo! Yo siempre echaré de menos á mi Anastasia. Vamos por el sombrero. (*entra en el cuarto, y Cabrion deslia un papel en el que trae su retrato, le cuelga sobre el espejo, y se sienta á leer un periódico en el banco. Pipelet sale poniéndose el sombrero y vá á mirarse al espejo.*) Ya estoy listo para ir á buscar el pasaporte. Vamos á ver si se ha descompuesto el lazo de la corbata. (*se acerca al espejo, y al ver el retrato de Cabrion, retrocede espantado.*) Dios mio! que veo! es él! Si, él es! Siempre esa vision en todas partes! Oh! ese hombre ha de acabar conmigo. Pero si ahora le pillára... si le pillára, me parece que seria capaz de... (*vuelve la cabeza y vé á Cabrion que le contempla con risa sardónica. Pipelet se queda inmóvil.*) Misericordia!.. (*llaman á la puerta: Pipelet maquinalmente coge el cordon y se queda admirado de ver su coleta: despues de cerciorarse de la falta, esclama aterrado.*) ¡Tambien á ella, á mi coleta!..

ESCENA XIV.

Cabrion, Pipelet, Rigolet; *despues* Anastasia y German.

Rig. Estais sordo, Alfredo? No habeis oido que llaman? (*Pipelet la indica y la suplica tire del cordon. Rigoleta al tirar vé la coleta.*) ¿Qué significa esta borla? (*vé que es la coleta y se echa á reir.*) Qué miro! es vuestra coleta! (*se vuelve y vé á Cabrion.*) Señor Cabrion! ja! ja! Ya lo comprendo todo. (*tira del cordon.*)

Pip. ¿Veis ese mónstruo? El me la ha cortado.

Ger. (*entrando.*) Vamos, vamos, señora Anastasia; seguidme.

Anas. No, no quiero.

Ger. Venid os digo; os doy mi palabra que todo eso ha sido una chanza. ¿Creeis, Rigolet, que la Señora Anastasia pensaba separarse de Pipelet?

Rig. Que bobada!

Anas. Alfredo, Alfredo mio! oh, jamás me volveré á separar de ti. Mas, ¿qué haces asi? (*Pipelet le señala á Cabrion.*) Huy!

Pip. Le ves! pues acabará por matarme.

Anas. Qué quereis? Qué venis (*á Cabrion.*) á hacer aqui? (*Cabrion demuestra que va á esplicarse.*) Hablad, infame, hablad. ¿Qué buscais aqui? (*Cabrion la dá un billete.*) ¡Un billete! Y es un pagaré!

Pip. Amparadme! Protegedme! (*se coloca entre Rigolet y German.*)

Anas. Leamos. (*lee.*) Pase á la órden del señor Cabrion la cantidad de doscientos cincuenta francos, por pago de un retrato. Virgen santa!

Pip. Bien: señor Cabrion, yo no puedo pagar: que me metan al instante en la carcel, ya tardan los gendarmes en venir á buscarme: ya no me importa nada.

Anas. Alfredo, querido Alfredo!

Pip. A Dios, esposa querida; (*con dignidad cómica.*) deja lágrimas inútiles: en mi prision al menos estaré tranquilo, pues estaré lejos de ese mónstruo. (*Cabrion saca otro papel, y se lo dá á Pipelet.*) Llevadme donde querais. ¡Mas, qué veo, Dios mio! otro papel! quizá otra nueva felonia! (*lee.*) «Debe Cabrion al señor Alfredo Pipelet...» ¿cómo? ¿Cómo es esto?

Anas. Sigue, sigue.

Pip. «Por bandanas y pieles rotas, por botas hechas pedazos, por dos casacas, y varios puntapies y encontrones, doscientos cincuenta francos. (*Cabrion rompe el pagaré.*)

Anas. ¿Es decir que es deuda pagada?

Ger. Bien! (*á Cabrion.*)

Rig. Muy bien, señor Cabrion.

Pip. Libre! yo libre!.. y mi cuenta pagada! Mi bienhechor; (*á Cabrion.*) permitid que á vuestros pies... (*Cabrion le dá los brazos en los que se arroja Pipelet.*) Mi buen amigo; pedidme lo que querais: yo os autorizo para que deis un abrazo á mi muger.

FIN.

MADRID, 1489.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.